

DISCURSO PRONUNCIADO

EL

16 DE SETIEMBRE 1874.

POR

EL CIUDADANO Dr.

J. Eleuterio Gonzalez.



MONTEREY

TIPOGRAFIA DEL COMERCIO
Plaza del Comercio nüm. 4.

1874.

Utile est habere quos imitari primū.
mox vincere velis.
QUISTII. L. I. c. II.

GRANDE solemnidad, por cierto, ciudadanos, es la que nos reúne en este fausto día, día de gloriosos recuerdos, día grande de la Pátria, día de encomiar las excelsas virtudes de nuestros padres y las inmortales hazañas de nuestros libertadores.

Muchos y muy claros ingenios, que me han precedido en la honrosa misión que hoy desempeño, os han hablado largamente de los horrorosos desastres de la conquista, de los sufrimientos del pueblo mexicano en los trescientos años de su estado colonial, de los gloriosos hechos de nuestros héroes en los once años que duró la terrible guerra de independencia. De todo esto teneis noticia, nada de esto os es desconocido, todo lo sabeis. Por eso ahora me propongo solamente exhortaros á que imiteis, para bien y honra de la Pátria, las generosas acciones de algunos de nuestros mas ilustres próceres, cuyas glorias, con este laudable objeto, nos recuerda la solemnidad presente: porque no como un entretenimiento fútil ni por vana ostentacion han sido establecidas las fiestas nacionales: objeto mas grandioso, mas noble y mas elevado ha tenido su institucion, fundada nada ménos que en una ley primordial de la naturaleza, en la ley de imitacion. Echad rápidamente sobre el haz de la tierra una mirada investigadora y vereis como se afanan todos los séres animados por imitar á los de su especie: desde la pequeña abeja que no hace mas que construir un panal idéntico al en que vió la primera luz, hasta el corcel generoso en el que ya notamos un principio de emulacion cuando en la veloz carrera no se contenta con igualarse á su competidor; sino que hace poderosos esfuerzos por ir mas adelante

y vencerlo en ligereza: desde el estúpido salvaje que vive errante en los desiertos porque así vivieron sus progenitores, y adereza las miserables pieles con que mal cubre su desnudez de la misma manera que las aderezaban sus padres, hasta el hombre mas civilizado y progresista que examina con la mas profunda atencion las mejores obras de sus contemporáneos y de sus antepasados para imitarlas y, si es posible, corregirlas y mejorarlas: en todas partes se ve esa propension innata, ese instinto irresistible con que los séres dotados de sensibilidad son arrastrados por el torrente de la imitacion. En el hombre se nota mas que en los animales el poder incontrastable de esta ley: con razon ha dicho el sábio Alibert: *“El hombre parece que no viene al mundo sino para imitar al hombre.”*

Si ponemos debidamente en accion esta fecunda ley resulta la emulacion: sentimiento noble, eminentemente social, que nos incita á imitar y aun á exceder las acciones de otros, especialmente si son grandes ó generosas, no por envidia, sino por un impulso laudable, por un deseo de adquirir gloria y buena reputacion haciendo cosas dignas de ser alabadas. Asi es que en la emulacion está basada la perfectibilidad humana, la ley del progreso: porque si le fué dada al hombre, como el sello y distintivo de su especial naturaleza, la facultad de inventar y perfeccionar sus inventos, ¿de qué manera podria hacerlo si no es imitando y mejorando lo que imita? Todos los grandes hombres han sentido vivamente este deseo de hacer lo que otros hacen y superarlos en cuanto posible fuere. Agitado andaba Temístocles por la noche en la plaza de Atenas; y preguntado ¿qué hacia? contestaba: *“El trofeo de Milciades no me deja dormir.”* ¡Ah! El ilustre guerrero sentia en el alma una necesidad imperiosa de hacer hazañas iguales, y aun mayores que las del vencedor de Maraton. Quinto Maximo y Publio Scipion decian, que al ver las imágenes de sus mayores se inflamaban sus ánimos y se sentian incitados á la virtud. El célebre Bufon, siendo muy jóven, en las ruinas del Herculanó, sobre el sepulcro de Plinio sintió los primeros fuegos de su genio creador y se decidió por el estudio de las ciencias naturales, á las que dió despues tanto ensanche y tanto lustre.

La sociedad no ha desaprovechado nunca el conocimiento de estos insignes ejemplos y de las innatas propensiones que los produjeron: en todos tiempos y en todas las naciones se han decretado

grandes honras á los mas ilustres ciudadanos, para que sean los modelos á que se ajusten los demas, despertando por este ingenioso y noble medio el loable sentimiento de la emulacion. Mas es que las estatuas, las inscripciones, los trofeos, las oraciones laudatorias, y cuantas demostraciones honoríficas se hacen á los hombres ilustres, ni se dirigen ni aprovechan á los que fueron, sino á los que son. Mucho interesa á la sociedad todo esto pues como ha dicho muy bien el célebre Quintiliano: *“Útil es tener primero á quienes imitar, para que quieras luego superarlos.”*

No esperéis, pues, de mí, ciudadanos, que en estos momentos solemnes con destempladas voces os incite al odio, al resentimiento, ni á la venganza, pasiones bastardas, sentimientos degenerados, que se oponen al espíritu de sociabilidad; por el contrario, os presentaré ejemplos dignos de ser imitados, virtudes heroicas que inflammen vuestros ánimos en el deseo de seguirlas, y aun de ir mas adelante y superarlas. Intentadlo así, oh ciudadanos, intentadlo así al ménos, que todo debe intentarse en obsequio de la Pátria. Para que á tan sublime esfera podais elevaros facilmente os diré con el sabio autor de la Fisiología de las pasiones: *“Vamos á desenterrar los ejemplos mas gloriosos para ofrecerlos perpetuamente á la imitacion de nuestros contemporáneos.”*

México era una colonia española, bien lo sabeis, que al cabo de tres centurias de estar sujeta y dominada intentó su emancipacion y la consiguió. ¿Pero en qué circunstancias lo hizo, y á quienes debe el inestimable bien de su independenciam? Esto es lo que procuraré haceros ver.

Todo el mundo se hallaba conmovido, á los principios del presente siglo, por el general trastorno en que puso á la Europa entera aquel genio colosal y turbulento que recorriendo como el rayo desde las riberas del Nilo hasta lo interior de la Rusia, no daba punto de reposo á las naciones. Este hombre ambicioso, artero y trastornador puso los ojos en la España, la ocupó y arrancando á sus Reyes del Trono colocó en él á su hermano. La nacion española se levantó entónces en masa para recobrar sus derechos arrojando al rey intruso. Extremeciéronse las Américas Españolas con tan ruidosos acontecimientos; y como no les faltaba el deseo de independerse; y como tenian ante los ojos el muy glorioso y palpitante

ejemplo de los Estados Unidos de América, pensaron luego en proclamar su independencia aprovechando los trastornos y los conflictos en que por entonces se hallaba la madre Patria.

No fué México el último en pensar de esta manera. Desde que se tuvo noticia de las desatinadas y humillantes renunciaciones de Carlos IV y de Fernando VII, de la prision de este en Valencey, de la ocupacion de España y de su alzamiento contra el usurpador, así como del estado lastimoso en que estaba toda la península ibérica, se despertó en el pueblo mejicano un deseo de libertad, columbrando un rayo de esperanza. El Ayuntamiento de México se atrevió á pedir al Virey D. José Iturrigaray la creacion de una junta que gobernara á nombre del Rey Fernando; pero con entera independencia de los diversos Gobiernos que se habian organizado en España, y que esto durara hasta el restablecimiento del orden. El Virey se mostró propicio á esta peticion; pero la Audiencia alarmada tronó contra él y contra el Ayuntamiento, y apoyada en algunos comerciantes descontentos, en ciertos comisionados de la Junta de Sevilla que habian venido y en el partido absolutista, que repugnaba todo lo que fuera juntas, depuso y aprisionó á Iturrigaray y á los mas ilustres miembros del Ayuntamiento. Estas prisiones fueron una señal de alarma, fueron un botafuego terrible que incendió todo el país; y desde el momento en que se verificaron quedaron rotos para siempre los lazos que unian á los que despues se denominaron realistas é independientes. Grande era en aquellos dias la efervescencia, por todas partes se formaban juntas secretas para tratar de insurreccion, unas eran descubiertas y perseguidas, otras se formaban de nuevo y todos hablaban ya de una manera y con una libertad inusitadas hasta entónces. Todos se manifestaban dispuestos al alzamiento, mas les faltaba un hombre, un hombre que tuviera el valor suficiente para desafiar al potente Gobierno colonial y encabezara el movimiento revolucionario. ¿Y quien habia de atreverse á capitanear un pueblo visón y desarmado contra un Gobierno bien establecido, bien organizado, y en cuyas manos estaba todo el poder y todos los recursos, pudiendo, ademas, ser prontamente socorrido por las fuerzas de Cuba y aun por las de la España misma? Dificil y arriesgada era la empresa, en verdad, mas la bienechora Providencia, que nunca olvida ni abandona al desva-

lido, quiso dar el hombre que en aquel apuro se habia menester. El Benemérito Cura del Pueblo de Dolores, el inmortal Hidalgo, el Padre de nuestras libertades, la piedra angular del edificio de nuestra independencia, este fué el hombre que ha sido aclamado por nuestros padres y que hoy aclamamos nosotros voz en cuello: Generoso libertador del pueblo mexicano. Sin la resolucion heroica de este varon esclarecido é insigne México fuera todavia una colonia como lo es la Isla de Cuba.

Se necesitaba para sacarnos del poder de la España no el valor ciego que nace del sentimiento de la fuerza, no el valor forzado que engendra la necesidad cuando no hay manera de evitar un encuentro peligroso, no el valor pasivo que hace sufrir con ánimo sereno los dolores y los infortunios, no el valor pasajero que produce el entusiasmo; sino el valor filosófico y razonado hijo del deber y de la conviccion, en suma, el valor de Hidalgo. Dormia tranquilo este Venerable Anciano en la madrugada del memorable dia 16 de Setiembre de 1810, lo despiertan violentamente á las dos de la mañana y le dicen: La conspiracion ha sido descubierta, lo que hemos tratado en la junta de Querétaro ha llegado á noticia de las autoridades, ya está dada la orden para aprehendernos. En aquel momento supremo la opinion de los capitanes Allende, Aldama y Abasolo era que convenia huir y ocultarse como lo habian hecho los de la junta de Valladolid, en iguales circunstancias, y esperar mejores tiempos; mas Hidalgo con la inspiracion del genio, la inclinacion del hombre libre y la firmeza del patriota hízoles oír su voz: Aunque los autores de estas empresas, les dijo, no las gozan, sin embargo, éste es el tiempo de obrar pronta y enérgicamente, éste es el momento precioso y oportuno que no debemos dejar que pase sin levantar en él el pendon de independencia. Aun le replicaron ellos manifestándole la temeridad de semejante resolucion y lo muy seguro y fácil que le seria evadirse; mas el héroe permaneció inflexible y logró, al fin, con la uncion de sus palabras infundir en el alma de aquellos desalentados capitanes su espíritu y su conviccion revivificando en ellos el entusiasmo amortiguado por lo que entendian ser prudencia; y ya decididos y resueltos, como lo estaba su Gefe, tardaron en comenzar la obra grandiosa de nuestra emancipacion lo que aquel ilustre caudillo tardó en ponerse sus humildes vestiduras.

Donde flaqueó el valor de expertos y aguerridos capitanes se halló mas entero y robusto el de un anciano que jamás habia tocado una espada. ¡Que diferencia entre el valor guerrero hijo de la fuerza material y del entusiasmo bélico, y el valor frio y sereno, filosófico y razonado hijo del deber y de la conviccion! Este último, que no excluye al primero, es el principal atributo de las almas grandes, es el mas importante de los elementos que entran en la composicion de los héroes. El nuestro lo poseyó en grado eminente y supo aprovecharlo para bien de nosotros, no solamente iniciando el movimiento salvador, sino enseñando á ser resueltos y valientes, primero á los insignes capitanes que tenia delante, y despues á las inmensas masas de hombres que lo seguian y circundaban. *“Mas sea de ello lo que fuere, dice un autor contemporáneo, la resolución de Hidalgo fué de inmenso resultado para los destinos de nuestra patria, fué la pequeña causa de que resultan grandes consecuencias; una de las acciones que influyen en el adelantamiento y en el progreso de la humanidad.”*

Pasaré en silencio los gloriosos hechos de éste y de otros esclarecidos varones, porque os son bien conocidos, y os daré á conocer otro héroe no menos digno de nuestro agradecimiento y que nos toca mas de cerca.

Arreglaba en Guanajuato su numeroso ejército el inmortal Hidalgo, cuando hé aquí que se le presenta un jóven muy apuesto, gallardo, fino, inteligente y de un aspecto sereno y apacible: era D. José Mariano Jimenez, estudioso é instruido mineralogista, que con tres mil hombres, reclutados por él, venia á ponerse al servicio de la recién nacida insurreccion. No pudo ménos que prendarse de tan bello sujeto el ínclito vencedor de Granaditas y dándole un despacho de coronel, le mandó organizar aquella fuerza y marchar con ella á la vanguardia del ejército. Honrosa distincion á la que él siempre correspondió dignamente. El dia 30 de Octubre, en la reñida batalla del Monte de las Cruces, Jimenez hizo prodigios colocando tan ventajosamente su artillería y dirigiéndola con tal tino, que el historiador Bustamante dice de él: *“Jimenez, aquel jóven estudiante de Minería, á quien se debió en gran parte el triunfo de Hidalgo en el Monte de las Cruces, y que dió tantas pruebas de patriotismo como de conocimiento en lo militar, aplicados á la Tormentaria ó Artillería.”* Tres dias despues de este esplendoroso triunfo quiso Hi-

dalgo tentar un medio de acomodamiento con el virey Venegas. ¿Pero quién se atrevería á llevar la necesaria comunicacion, conociendo el genio terrible de aquel mandarin? El intrépido Jimenez se atrevió á poner el pliego en manos del iracundo virey arrojando el peligro de esta empresa.

El 24 de Noviembre, Jimenez en el cerro del Cuarto con una pequeña fuerza y un cañon se batió todo un dia con el numeroso ejército de Flon y Calleja, logrando entretenerlo mientras el eminente Allende sacaba de Guanajuato el dinero, los pertrechos de boca y guerra, la artillería y su pequeño ejército, yendo despues Jimenez á reunirse en la villa de San Felipe.

No habiendo por allí enemigos que combatir ni peligros que temer se presentó una noche el generoso Jimenez al Generalísimo Allende, en la Hacienda del Molino, y le pidió el permiso para venir á insurreccionar las Provincias Internas de Oriente: un despacho de Teniente General, una seccion de tropas y las mas tiernas expresiones fueron las respuestas de aquel magnánimo caudillo. Despidiéronse con las demostraciones mas afectuosas, y Jimenez dirigió sus pisadas y sus ojos hácia el Norte.

Aquí comienza la verdadera gloria de Jimenez. Obrando ya por sus propias inspiraciones pudo dar rienda suelta á sus naturales instintos, ensanchando cuando quizo la benignidad que abrigaba en su noble corazon. Mas escuchemos lo que de él nos dice un ilustre orador Jalisciense, que lo trató y conoció muy á fondo: *“Jimenez desprende de la Villa de San Felipe y en su marcha para el norte señala cada uno de sus pasos con rasgos de clemencia y lenidad; corrige la voz de proscricion y muerte que el pueblo en su furor habia adoptado; y dicta las órdenes mas estrechas para que á nadie se persiga por solo la circunstancia de haber nacido mas allá de las columnas de Hércules. No es delito, decia con un aire encantador, haber visto la primera luz en otro suelo. Pero Jimenez que sin empeñar un combate sangriento deshace el Canton de Agua-Nueva, y sigue sin disparar un tiro por aquel rumbo estendiendo el dulce imperio de la libertad: Jimenez que con solo el prestigio de su nombre llevó hasta los confines de la Republica el fuego pátrio que ardia en su generoso pecho, Jimenez, el amable Jimenez tuvo el dolor de recoger por fruto de su mo-*

deracion el golpe terrible de la negra perfidia que lo condujo al suplicio" (1)

Muy poco ó nada tuvo que hacer la fortuna para coronar del mejor éxito la colosal empresa de Jimenez, pues la pregonera voz de la fama se encargó de allanarle los caminos. Resonaban casi á un tiempo por el ámbito inmenso de las cuatro Provincias las alabanzas de tan eminente caudillo, ponderabanse hasta lo sumo sus relevantes virtudes; su clemencia, su benignidad, su rectitud, su justicia, su filantropía, su patriotismo su valor y cuanto de bueno puede tener un hombre, todo corria de boca en boca con asombrosa rapidez. Increíble parece, ciertamente, que estas relaciones portentosas se extendieran en ménos de treinta dias en tan ancha y extensa superficie: de Matehuala á Béjar, de Tampico á Rio Grande, de Matamoros á Parras no quedó rincón en que no se escucharan los merecidos loores de nuestro héroe y donde no fuera conocido y amado de grandes y pequeños. Nada extraño es que en todas partes triunfara sin la fuerza de las armas. No necesitaba mas de mandar y donde quiera al instante era obedecido: testigos irrecusables de esta verdad serán siempre Carrasco en Monterey, Aranda en Monclova, Casas en Tejas, Hermosillo en Lináres y los Acevedos en Tamaulipas.

Precedido de una tan grande y buena fama llegó Jimenez á Matehuala como á la mitad de Diciembre. Concurrían en tropel las gentes de todas condiciones á ponerse á las órdenes de un Gefe tan moderado y afable, y concurrían tambien multitud de ultramarinos que solicitaban indulto, el cual les era concedido sin mas condicion que la de no oponerse al movimiento revolucionario. Pronto se vió reunido en Matehuala un ejército fuerte de ocho mil hombres con diez y seis cañones. Para contener esta fuerza los realistas solamente tenían el canton de Agua Nueva con setecientos soldados al mando de D. José Antonio Cordero, y al capitán D. Juan Ignacio Ramon apostado en las bocas de la sierra con doscientos caballos. Era el capitán Ramon hombre sencillo pero muy valiente, inculto pero de recto y sano juicio. Viendo este honrado veterano la imposibilidad de resistir á fuerzas tan superiores y lo injusto que seria combatir con hombres que ningun daño hacian y de quienes podía espe-

(1) Discurso patriótico de D. Jesus Herrera leído en México en 1833.

rarse mucho bien, se dirigió al Gobernador, D. Manuel de Santamaría residente en Monterey, escusándose de no haber cumplido sus órdenes, añadiendo con candor: "No por falta de espíritu que lo hay sobrado." En otra carta dice: "Parece incomprendible el sistema de estos hombres; pero á mi no se me oscurece respecto de lo que se está observando, que al nativo del pais en nada se le falta, al europeo que se presenta y justifica su honradez no se le mueve y queda esento de toda responsion..... Se viene en claro conocimiento que no se contraen á otra cosa las novedades del dia que á una total independencia, y aunque se ha procedido contra los ultramarinos por no saberse quienes de estos se habrán suscrito á la intriga de la América para con Napoleon, se han aprendido á todos, si no es ahora nuevamente que á los hombres buenos y calificados no los cogen; y si los dejan con sus esposas é hijos, gozando sin quebranto de sus fincas, y demas caudales que poseen. De donde se deduce no haber falta de Religion, de Rey ni de Patria, y que toda la sangre que se ha derramado no es por otro atributo que ihusoriamente se procede ó con equivocacion." ¿Cómo pudo este buen hombre decir con tal claridad estas cosas á un gobernador español que lo tenia colocado expresamente para combatir con los insurgentes? Solo puede explicarse esto por el conocimiento y confianza que Ramon tenia del buen juicio, rectitud y severa imparcialidad del gobernador. En efecto Santamaría, aunque ultramarino y colocado aquí por el virey, pesó en la balanza de la justicia los derechos que los mejicanos tenían para ser independientes, y los que la España alegaba tener para conservar lo que habia conquistado por la fuerza; y se decidió por la causa de los mejicanos; alcanzando con esto imperecedero renombre de justo é imparcial, y un derecho inconcuso á nuestra admiracion y agradecimiento. No procedió Santamaría compelido por el temor, porque ademas de que nada tenia que temer del benignísimo Jimenez, franco estaba el camino para retirarse por Tamaulipas cuando quisiera; pero ademas de ser tan bueno y tan imparcial, era de corazón sensible y agradecia con toda su alma los beneficios que habia recibido de los mejicanos, entre los cuales se crió desde muy niño. Honremos, pues, la memoria de un hombre tan excelente que á costa de su vida quiso ser mejicano, y mejicano nuevoleonés.

Entre tanto el honrado cuanto sencillo Ramon se dirigió derechamente al Teniente General Jimenez preguntándole: ¿Qué causas

impulsaron á los buenos americanos á empuñar las armas y qué autoridad los impele? La respuesta de Jimenez fué digna de él, y yo no puedo ménos que referiros aquí algunos pasages de ella, porque en este documento revela sus verdaderas intenciones con toda la franqueza de un hombre de bien. Dice, pues, entre otras cosas: “*Digo á V. y es la verdad, que el único móvil de nuestras operaciones es, ha sido y será mantener independiente nuestro pátrio suelo, que ha sufrido los conflictos mas apurados desde la pérdida de España: pues ha visto con asombro el horroroso sacrificio de sus mas beneméritos hijos, ordenado por unos hombres, no solamente desnudos de los nobles sentimientos de honor y gratitud; sino lo que hace estremecer el alma, olvidados del carácter de lenidad inseparable del corazón de un cristiano.*” Pasando luego á contestar el segundo punto de la pregunta, continúa: “*No hay derecho que prive al hombre de su defensa: uno dice: que le es lícito repeler la fuerza con la fuerza: Otro manda que todo Reyno, Provincia ó lugar que se hallase oprimido instituya un arbitrio que le redima de la pena que le aflige: Otro (y es el mas recomendable por ser el divino) permite á los hombres elijan superior que los gobierne.*”

“*Pues, señor comandante, si nos es lícito defendernos de injustos invasores, si para esto hemos hecho elecciones conforme á derecho, de la Serenísima persona de D. Miguel Hidalgo; si todos los Ilustres Ayuntamientos, discretísimos Párrocos, venerables Prelados, nobles oficiales y demas resto de clases, que componen esta vasta Monarquía, le han proclamado por Gefe y jurádole obediencia, entre tanto la Nación junta sus Cortes é instituye su Gobierno, ¿diga V., se dejará esentos de la infame nota de traidores á los que, con el vano pretexto de que juraron obediencia al Rey Fernando VII, se atreven á manchar sus manos en la inocente sangre de sus mas fieles vasallos? Muchos papeles concernientes á la insurreccion vinieron acompañando esta célebre carta, y entre ellos se encuentra una bellísima proclama de Jimenez en la que se lee el siguiente y muy notable pasage:” *Americanos, si teneis sentimientos de humanidad, si os horroriza el ver derramar la sangre de vuestros hermanos, y no queréis que se renueven á cada paso las espantosas escenas de Guanajuato, del paso de las Cruces, de San Gerónimo Aculco, de la Barca y otras, si deseáis la quietud pública y la seguridad de vuestras personas, familias y haciendas y la prosperidad de este Reyno, si apeteceis que estos movimientos no degeneren en una revolución en que nos matemos unos á otros los Americanos, espo-* niéndonos esta confianza á que venga un extranjero á dominarnos; en*

fin, si queréis ser felices..... venid á uniros con nosotros: Dejad que se defiendan solos los ultramarinos y vereis esto acabado en un día, sin peligro de ellos ni vuestro y sin que perezca un solo individuo; pues nuestro ánimo es solo despojarlos del mando sin ultrajar sus personas ni haciendas.”

Así se expresaba el benigno Jimenez y sus acciones siempre concordaron con sus palabras. No temo, no, que haya uno solo que me desmienta. El Estado de Nuevo-Leon altamente agradecido conserva y conservará siempre con aprecio la grata memoria de su libertador. Uno de los primeros actos de nuestro primer congreso constituyente fué honrar una de nuestras ciudades con el esclarecido nombre de Jimenez.

En vista de los datos antes referidos, que todos son auténticos, ¿qué dirémos del Ministro Alaman cuando asegura como una verdad demostrada, que los insurgentes obraban sin plan ni concierto y que ni ellos mismos sabian lo que querian? Solamente un autor tan desnaturalizado como este pudo atreverse á manchar tan injustamente la reputacion de nuestros héroes. Pero dejémosle con sus yerros de mala fé y volvámos á proseguir nuestro interrumpido discurso.

Era el dia 7 de Enero de 1811, Jimenez con lo mas lucido de su ejército se presentó ante el campamento de Agua Nueva; y apenas comenzó á desplegar en batalla una parte de sus tropas, cuando hé aquí que todos los escuadrones que componian el campamento marchan sin disparar un solo tiro y victoreando á Jimenez se unen á los independientes. Cordero con todos los europeos de su campo huyó, mas á poco fué alcanzado, preso y traído al Saltillo. El bondadoso Jimenez puso en entera libertad á todos los españoles prisioneros y solo conservó arrestado á Cordero, el Gefe, poniéndolo en una de las piezas de su mismo alojamiento y tratándolo con todo el decoro, atencion y esmero que á su clase correspondia. Al llegar aquí Alaman, á pesar de su antipatia por los insurgentes, dejó escapar estas palabras: “*El ánimo oprimido con la relacion de tantos hechos atroces, descansa cuando se encuentra una accion generosa, quedando el sentimiento de que ésta no fuera dignamente correspondida con igual nobleza por el enemigo en cuyas manos cayó, por las vicisitudes de las revoluciones, el que con ella se habia hecho tan recomendable, dando un ejemplo tan poco comun en aquel tiempo.*” Hemos visto que Jimenez sin com-

bate triunfó en Agua-Nueva, pues mas satisfactorio y glorioso le fué el ver en solos quince dias puestas á su obediencia las cuatro Provincias internas, sin haber empleado mas armas que su voz y el inmenso prestigio de su nombre.

Mas basta ya, ciudadanos, que por no hacer interminable mi discurso y por no molestar mas vuestra atencion, no os presentaré mas ejemplos, y de entre los millares que podria ofrecer os habré de contentarme con los cuatro que os he puesto á la vista; y para que de ellos tengais una cabal idea me bastará añadir, que los cuatro fueron buenos patriotas, acerrimos defensores de nuestras libertades, que los cuatro, juntamente con otros muchos tan buenos como ellos, fueron capturados por la indigna y negra traicion del malvado Elizondo, é inmolados por la mano de hierro del Comandante Salcedo en la por esto célebre Chihuahua.

Estos son, oh ciudadanos, los escogidos modelos que me propuse presentaros, y que, aunque tan imperfectamente diseñados, me atrevo á ofrecerlos á vuestra consideracion, para que estimulados con tan heroicos ejemplos hagais hercúleos esfuerzos, no solamente por imitar sus eminentes virtudes sino por ir cada vez mas adelante y sobrepujarlas. Intentadlo así, ciudadanos, intentadlo así al ménos, vuelvo á deciros, que todo debe intentarse en obsequio de la Pátria. Si lograis imitar el filosófico valor y la firme y pronta resolucion de Hidalgo, lo benigno, amable y justo de Jimenez, la sencillez y buen juicio de Ramon, la severa imparcialidad y la gratitud de Santamaría; y el patriotismo y la abnegacion de todos, sereis á no dudarlo, héroes mas acabados y completos que los que acabo de presentaros. Os hablo así porque os conozco perfectamente bien, he pasado mi vida entre vosotros tratándoos á todos bien de cerca, me glorío y me gloriaré siempre de ser vuestro conciudadano, sé bien que mis palabras no van perdidas en vuestros oidos, porque sois libres, amantes rendidos de la libertad y dignos de poseerla, como la poseeis, en toda su plenitud. Así mismo sé tambien que en grado eminente sois poseedores de todas las virtudes cívicas correspondientes á los buenos ciudadanos, que no hay sacrificio que os parezca grande ni costoso cuando se trata de la defensa de la libertad; y que el tiempo no altera en manera alguna en vosotros estas eminentes y bellísimas cualidades, por eso me glorío tambien de poder repetir, en ésta so-

lemne ocasion, con toda verdad, las mismas palabras que cuarenta y cinco años ha decia el tercer Gobernador de nuestro magnánimo Estado, el distinguido y en primera línea buen ciudadano, el egregio Joaquin García: *Todo el mundo sepa que los nuevoleonenses desprecian cuanto gozan y disfrutan por ese inestimable tesoro que tantos sacrificios ha costado á todos los mejicanos; y que el blanco de todas nuestras operaciones es la union con nuestros hermanos patriotas, el olvido de nuestras recientes desgracias, ocasionadas de las discordias de los partidos, que ya no existen, y la obediencia á la ley y á las autoridades que nos rigen.* (1)

(1) Proclama de 2 de Julio de 1829.